

José María Izquierdo
Luis R. Aizpeolea



El fin de ETA

Así derrotó la democracia al terror


ESPASA

JOSÉ MARÍA IZQUIERDO Y LUIS R. AIZPEOLEA

EL FIN DE ETA

Así derrotó la democracia al terror



© José María Izquierdo, 2017
© Luis R. Aizpeolea, 2017
© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 6.880-2017
ISBN: 978-84-670-4997-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
---------------	----

PRIMERA PARTE

1. TXILLARRE, EL COMIENZO DISCRETO	17
2. EL CASERO Y EL TRATANTE	23
3. LOS ANTECEDENTES DE GONZÁLEZ Y AZNAR	31
4. LA BÚSQUEDA DE UN MÉTODO	35
5. 2004: EL 11-M Y LA VICTORIA DE ZAPATERO	41
6. APARECE RUBALCABA	45
7. EL CENTRO HENRI DUNANT	51
8. EL CONGRESO DA SU APROBACIÓN	57
9. GINEBRA: EGUIGUREN Y TERNERA	63
10. UNA GUÍA DE TRABAJO	71
11. LOS FACTORES EXTERNOS	79
12. TENSIÓN Y ACUERDO EN OSLO	85
13. A LA ESPERA DE LA TREGUA	93
14. ETA, POR FIN, SE DECIDE	99
15. PROBLEMAS CON LA JUSTICIA	105
16. SE REANUDAN LAS CONVERSACIONES	111
17. LA LLEGADA DE THIERRY	115
18. RECLUIDOS EN LOIOLA	123
19. TERCERA, Y MALA, RONDA	131

SEGUNDA PARTE

20. LA TRAGEDIA DE LA T-4	141
21. SE IMPONE EL PESIMISMO	149

ÍNDICE

22. LA REUNIÓN DE LA RUPTURA	155
23. LAS ÓRDENES LAS DABA ETA	167
24. EL FIN DE LA TREGUA	173
25. CAPBRETON Y LA COLABORACIÓN FRANCESA	177
26. EGUIGUREN EN EL PUNTO DE MIRA	183
27. LOS ÚLTIMOS ASESINATOS	187
28. LA IMPLACABLE RESPUESTA DEL GOBIERNO	191
29. THIERRY, TXEROKI, ATA	195
30. CENTENARES DE DETENCIONES	203
31. POCOS Y MAL AVENIDOS	207
32. LOS PRESOS Y LA VÍA NANCLARES	215
33. LA SEGUNDA DETENCIÓN DE OTEGI	221
34. BATASUNA SE DESMARCA DE ETA	227
35. LA TREGUA Y LA BATALLA EN LOS TRIBUNALES	233
36. LA ESCENIFICACIÓN DE AIETE	239
37. EL COMUNICADO FINAL... ..	245
38. ... Y LAS REACCIONES	247
39. LA PRESIÓN SOCIAL	259
40. LA TERRIBLE OPOSICIÓN DEL PP	263
41. ¿SIRVIERON LAS NEGOCIACIONES PARA ALGO?	277
42. Y EN PRIMER LUGAR, LAS VÍCTIMAS	283
43. EL IMPOSIBLE OLVIDO DE LOS MUERTOS	287
44. REFLEXIONES ÉTICAS, REFLEXIONES MORALES	293
45. LAS VÍCTIMAS, DESDE DENTRO	297
46. LAS VÍCTIMAS Y LOS PRESOS DE ETA	303
47. EL DURO CARA A CARA CON LOS ETARRAS	305
48. LAS VÍCTIMAS Y EL RELATO	311
49. «UNA ORGANIZACIÓN DESARMADA»	315
 LOS 19 ENTREVISTADOS	 317
CRONOLOGÍA	323
ÍNDICE ONOMÁSTICO	329

1

TXILLARRE, EL COMIENZO DISCRETO

«**M**ira, Arnaldo, llevamos toda la vida metidos en política, vosotros no ganáis nada predicando el terrorismo, y a nosotros, en cambio, nos provoca mucho sufrimiento. Nos hemos hecho ya mayores, se nos han crecido los hijos, ¿vamos a dejar esto para la siguiente generación?». Quien así hablaba un día indeterminado del año 2000 era Jesús Eguiguren, 46 años, entonces secretario general de los socialistas de Gipuzkoa. Al otro lado de la mesa, Arnaldo Otegi, 42 años y líder de la izquierda abertzale, reconoce que Eguiguren tiene razón y que esa «es una reflexión que ya existe en muchos sectores de la sociedad vasca, que tenemos que superar una etapa, y que nuestra responsabilidad es la de no dejar a nuestros hijos o hijas lo que nuestros padres nos dejaron a nosotros». Así se abrió en Txillarre, un caserío perdido en el monte, cerca de Elgoibar, Gipuzkoa, un diálogo entre dos políticos con posiciones claramente enfrentadas, para la búsqueda de la paz. Once años después, en 2011, tras haber rozado el fracaso en más de una ocasión, ETA, por fin, dejaba de matar y la paz llegaba al País Vasco y al resto de España.

Fue el 21 de enero de 2000 cuando un Renault Clío rojo, cargado con 20 kilos de dinamita y robado tres semanas antes, explo-

taba en una zona de Madrid en la que vivían numerosos militares y acababa con la vida del teniente coronel Pedro Antonio Blanco, 47 años, casado y con dos hijos, una chica de 16 años y un chico de 13. ETA rompía así la tregua anunciada en septiembre de 1998, la llamada de Lizarra-Estella. Aquella tregua, la más dilatada desde que ETA nació en 1959, había suscitado la esperanza de un final dialogado del terrorismo en el País Vasco y España, pero la organización terrorista la rompió a los quince meses de declararla y lo hizo con una agresividad inusitada al encuadrarla en su estrategia conocida como «socialización del sufrimiento», cuya singularidad consistía en aterrorizar al conjunto de la sociedad vasca al atacar, preferentemente, contra cargos políticos y líderes de opinión no nacionalistas para lograr el desistimiento del Estado democrático en Euskadi.

ETA había salido de la tregua de 1998-1999 operativamente fuerte, según narra el teniente general Pablo Martín Alonso, jefe de Información de la Guardia Civil: «La organización terrorista había aprovechado ese periodo para introducir varios comandos en España, reforzar sus estructuras y aprovisionarse. En una estimación que hemos hecho posteriormente de cuál era el número de miembros que podía tener ETA en aquella época, calculamos que tendría alrededor de mil miembros, con arsenales, con especialistas en confección de artefactos explosivos, en preparación de coches bomba... Sí, ETA entonces aún estaba fuerte».

Y por eso, añade Martín Alonso: «Según sus propios documentos, ETA sale de la ruptura de la tregua con la intención de cometer atentados espectaculares en Madrid, donde tenían previsto explosionar dos furgonetas bomba, que las habían preparado en Francia y enviado a España, pero que afortunadamente fueron interceptadas por la Guardia Civil. Una iba cargada con más de 900 kilos de explosivos, y la otra, aproximadamente con unos 700. Imagínense lo que hubiera supuesto un atentado con todo ese explosivo. Pero ETA apretó en todos los frentes: atentados con coche bomba, el primero de ellos en Madrid,

matando al teniente coronel Pedro Antonio Blanco en enero de 2000 y siguió con una ofensiva muy fuerte».

En ese periodo, que se alargó hasta mayo de 2003, ETA asesinó a 46 personas. Fue la última gran ofensiva de la banda terrorista. Entre las personas asesinadas figuraban el exvicepresidente del Gobierno vasco, el socialista Fernando Buesa; el fundador del Foro de Ermua, periodista y socialista, José Luis López de Lacalle; el exgobernador civil de Gipuzkoa, con el Ejecutivo de Felipe González, Juan María Jáuregui; el exministro socialista, Ernest Lluch; los concejales socialistas, Froilán Elespe y Juan Priede así como el Policía municipal y militante del PSE, Joseba Pagazaurtundua. Fueron heridos de gravedad el entonces dirigente de las Juventudes Socialistas de Euskadi, Eduardo Madina, y el exconsejero socialista del Gobierno vasco, José Ramón Recalde. ETA asesinó, también, a dos concejales vascos del PP, José Luis Pedrosa y Manuel Indiano; a otros dos catalanes, José Luis Casado y Francisco Cano; a José María Martín Carpena, concejal malagueño del PP; al dirigente del PP de Aragón, Manuel Giménez Abad y al concejal navarro de UPN, José Javier Múgica.

ETA buscaba gran repercusión mediática en la campaña de asesinatos, en un clima de división política en el País Vasco entre nacionalistas y no nacionalistas. Tras el asesinato de Fernando Buesa, en febrero de 2000, el lehendakari Ibarretxe, del PNV, que había llegado a la Presidencia del Gobierno vasco en 1998 con la aquiescencia de la izquierda abertzale, no rompió drásticamente con el brazo político de ETA, lo que incrementó el enfrentamiento entre nacionalistas y no nacionalistas, generado con el Pacto de Lizarra-Estella, de septiembre de 1998.

Dicho pacto, limitado a los partidos nacionalistas, PNV, Eusko Alkartasuna y la izquierda abertzale, así como a sus movimientos sociales, con el apoyo simbólico de la Izquierda Unida de Javier Madrazo, y del que quedaron excluidos los principales partidos no nacionalistas, PSE y PP, les comprometía a avanzar hacia la soberanía del País Vasco, de modo unilateral y desde los ayun-

tamientos. El pacto dio cobertura a una tregua de ETA que se extendió desde septiembre de 1998 a enero de 2000, pero dividió la política y la sociedad vasca en dos mitades.

El acoso terrorista a los partidos no nacionalistas era de tal calibre que a finales del año 2000, el secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, elegido en julio de ese año tras la dimisión de Joaquín Almunia, propuso al presidente del Gobierno, José María Aznar, del PP, suscribir conjuntamente un pacto antiterrorista como respuesta, del que excluyó al PNV, y firmaron PP y PSOE en diciembre de 2000.

Una de las cláusulas del Pacto Antiterrorista prohibía cualquier tipo de diálogo con Batasuna. Como consecuencia de ese pacto, PP y PSOE aprobaron la Ley de Partidos, que dio cobertura jurídica y política a la ilegalización de la izquierda abertzale en 2002 por su respaldo a ETA. El clima político internacional lo favorecía tras el atentado terrorista de Al Qaeda contra las Torres Gemelas de Nueva York en septiembre de 2001. La izquierda abertzale había pasado a engrosar la lista internacional de organizaciones terroristas, publicada durante el mandato de George Bush en la Casa Blanca.

Desde ese momento, los líderes de Batasuna sabían que su ilegalización como partido era tan solo una cuestión de tiempo. Hacía más de una década que el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón acumulaba pruebas para demostrar que ETA no solo era una organización terrorista que cometía atentados, sino que lideraba un complejo político-militar del que formaban parte múltiples organizaciones, y entre ellas estaba Batasuna, un partido con importante representación en el Parlamento vasco.

Garzón recuerda cómo tras el atentado contra la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid, en noviembre de 1988, no se limitó a imputar judicialmente a sus autores materiales, sino que lo extendió a la dirección. También señala que a la cúpula de ETA detenida en Bidart, en 1992, se le incautó abundante documentación, cuyo análisis demostraba que «hay una especie de

mundo bis dentro del complejo terrorista en el que ETA no solo actúa militarmente, sino que dirige todo un complejo político que cubre todos los frentes».

Garzón afirma que su investigación fue por fases: «Yo no tuve elementos para suspender a Batasuna hasta que lo hicimos con la kale borroka, las herrikotabernas; Xaki, su entramado financiero y mediático, como Orain y otras organizaciones, una vez demostrado que eran un complejo político-militar dependiente de ETA. Batasuna fue la última de un proceso que seguimos paso a paso».